

Teatro

Una apuesta arriesgada

Guillermo Vega Zaragoza

Los tiempos recientes no han sido propicios para el teatro. Ya se sabe: escasez de espacios y de recursos, pero sobre todo falta de público, que se encuentra prácticamente secuestrado por otras formas de cultura y entretenimiento, no muy loables: la televisión, el cine, los deportes, la Internet. Contra todo ello tiene que lidiar la comunidad teatral con las poderosas armas con las que cuenta: la imaginación y la creatividad.

Múltiples han sido las formas de atraer al público a los foros teatrales, algunas más eficaces que otras: desde la incorporación de los actores de la telenovela o película de moda, la importación de obras de éxito comprobado en otras latitudes (sobre todo en Broadway) o, como recientemente se ha vuelto común, la adaptación de películas célebres al teatro, cuando lo

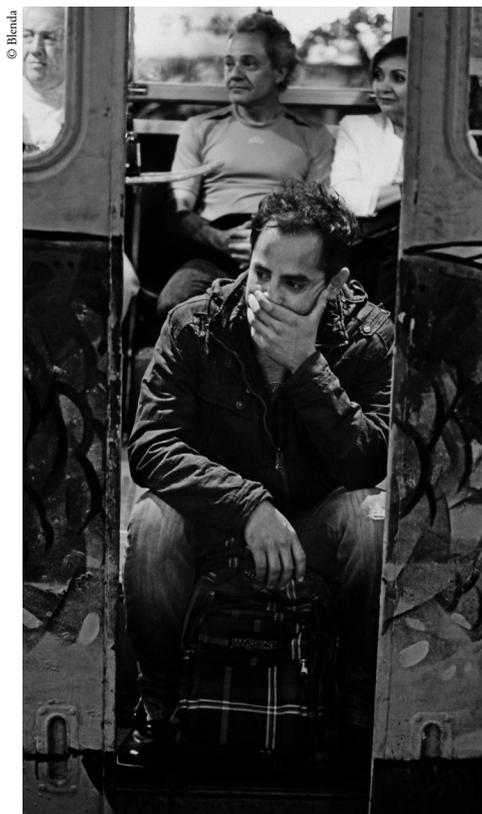
contrario era lo natural. Todo con el objetivo de interpelar al espectador con lenguajes que le sean familiares y que lo impulsen a salir de su casa y pagar un boleto para ver una obra de teatro.

Desde su primera obra *El aplauso de las focas* hasta *Homicidas gourmets*, pasando por *El club de la mano amiga*, entre otras, el trabajo del dramaturgo mexicano Edgar Álvarez (México, D.F., 1970) se ha distinguido por dos aspectos fundamentales: en el formal, la exploración de nuevas propuestas teatrales, y en el temático, el desencuentro en las relaciones humanas, fundamentalmente las de pareja. Conforme ha avanzado en su carrera como dramaturgo, director y productor se han ido sumando otras preocupaciones-obsesiones, tales como la crítica social y la denuncia

de la irracionalidad de la guerra y la violencia, como en el montaje del monólogo *Me llamo Rachel Corrie*, de Alan Rickman y Catherine Vinear. Todo ello bajo la luz de una mirada ácida, plena de humor e inteligencia, que ha podido afinar gracias a la influencia de sus maestros como Hugo Argüelles, Ludwik Margules, Jesús González Dávila y José Caballero.

En la obra *Más allá del horizonte o Destino: cualquier lugar*, Álvarez ha hecho una apuesta arriesgada: adaptar no una película sino todo un género filmico al lenguaje teatral, trasladando el quizá más cinematográfico de todos —la *road movie*— al espacio teatral, pero no sólo eso sino que además lo hizo en el reducido espacio de un autobús (más bien trolebús, ya que fue estrenada en el espacio experimental del Trolebús Escénico La Nave, ubicado en el Parque México de la colonia Condesa de la Ciudad de México el 30 de agosto de 2012, bajo la dirección de Alejandro Aragón, y cuyo texto publica Anónimo Drama Ediciones en su colección Escenaria).

No recuerdo quién dijo —debió de ser Borges: él ha dicho todo lo que vale la pena citar— que en la literatura sólo hay dos temas: el viaje y el asesinato, que todas las historias se derivan de ahí. Alguien se va o alguien llega, alguien mata a alguien o quiere evitar que lo maten o que maten a alguien más; alguien se va porque mató a alguien y así, interminablemente. De hecho, las dos grandes narraciones fundamentales de la cultura y la literatura de Occidente, la *Ilíada* y la *Odisea*, bordan sobre esos dos temas: la Guerra de Troya no es más que el telón de fondo de la ira de Aquiles por la muerte de su amado Patroclo, y el periplo de Ulises no es más que un viaje para volver a sus orígenes.



De hecho, el viaje del héroe —que documentó tan bien Joseph Campbell en *El héroe de las mil caras* (esa Biblia de todo contador de historias)— es eso: un viaje para asesinar a alguien: a sí mismo (internamente hablando, por supuesto), pues el héroe se convierte en otro al final de la historia como resultado de todas las peripecias que ha tenido que sortear.

A pesar de que la “historia de viaje” se ha presentado desde que comenzó el cine, no sería hasta después de la Segunda Guerra Mundial, sobre todo con el florecimiento de la industria automotriz y de la cultura juvenil, que se consolidaría definitivamente y ya para los años sesenta se convertiría en un género por sí mismo. Se entiende que en la *road movie* es posible explotar gran cantidad de los vistosos recursos cinematográficos: locaciones, paisajes, multitud de personajes y situaciones, y sobre todo la sensación del movimiento, del avance de la historia y de la transformación de los personajes conforme a lo que les sucede.

¿Cómo lograr esto en el reducido y aparentemente estático espacio teatral? Es evidente que Edgar Álvarez ha desmenuzado los elementos del mencionado género cinematográfico para vaciarlos al teatro: estructura episódica, modelo de viaje infinito, desarrollo psicológico de los personajes hasta llegar a la anagnórisis, e incluso el aspecto musical. En su obra, el autor ha depurado las cosas al mínimo para revelarnos la esencia, creando un microcosmos mucho más adecuado para moverlo en escena. O mejor: crear la ilusión de movimiento en escena. Así, los personajes, las situaciones, los escenarios son mínimos, sin detrimento de la profundidad del planteamiento dramático.

Más allá del horizonte es la historia de Jorge, un verdadero *nowhere man*, un joven hartado de todo lo que sucede en su país y en su ciudad, que se lanza a un viaje en autobús con pretextos nimios. En el fondo, de lo que huye Jorge es de sí mismo y cree que viajando escapará de su cárcel personal. La casualidad lo enlaza con Luna, adorable y conflictiva mujer que también huye de sí misma, de su pasado y de lo que cree al principio una situación trágica. El catalizador de la realización de estos dos fugitivos es Güicho, cantante callejero y espíritu libre, que viaja adonde lo lleven la suerte y su



© Brenda



© Brenda

Escenas de *Más allá del horizonte*

propia voluntad. Paradójicamente, él será la víctima propiciatoria para que la pareja protagonista encuentre su propio camino.

Armada en siete episodios, con diálogos brillantes y personajes anclados en la actualidad más inmediata, Edgar Álvarez cuestiona al espectador sobre la fatalidad, la lealtad, la injusticia, el poder y la violencia, y sobre todo, la falta de comunicación entre hombres y mujeres, que parece llevarnos a la tragedia y la barbarie. Sin embargo, nos ilustra el dramaturgo, cada quien tiene que emprender su propio camino para encontrarse a sí mismo y, entonces sí, aspirar al encuentro con el otro, con el resto de sus semejantes.

En su hermoso y aún indispensable libro *La vida del drama*, Eric Bentley nos recuerda que “la experiencia de una obra

de teatro, como la de una novela o una composición musical, es un río de sentimientos que fluye dentro de nosotros, a ratos caudaloso y en otros momentos lento, deslizándose ya plácidamente entre amplias orillas, ya torrenciosamente entre márgenes estrechos, ora descendiendo en declive, ora precipitándose en rápidos, a veces cayendo en una cascada y otras deteniéndose en una presa, a veces desembocando en el océano”. Edgar Álvarez nos desliza por esos ríos modernos que son las carreteras, por donde nos dejamos llevar junto con sus personajes para llegar al destino que cada uno se quiera construir. **U**

Edgar Álvarez, *Más allá del horizonte*, Anónimo Drama Ediciones, México, 2012, 49 pp.